

¿QUIÉN O QUÉ ES EL DIABLO?

Der vom Himmel gefallene Satan. Wer oder was ist der Teufel? Theologie der Gegenwart 35 (1992) 255-264

La teología de hoy no presta especial atención al diablo. En cambio, las concepciones apocalípticas siguen vivas y los escritos teológicos de carácter popular que tratan del fin de los tiempos e incluso pretenden describir una nueva estrategia de Satán tienen buena acogida entre la gente.

La experiencia muestra que existe como una superpotencia del mal a la que no podemos enfrentarnos con la sola buena voluntad. De ahí el recurso a la figura de Satán. Sin embargo, la historia del cristianismo demuestra que el hecho de creer en el demonio ha podido ocasionar muchas desviaciones demoníacas. So capa de perseguir al demonio en las personas, fueron, de hecho, las personas las perseguidas y, así, sobre todo mujeres, consideradas brujas, fueron injustamente torturadas y muertas. A través del testimonio de un Friedrich von Spee, por ejemplo, podemos constatar cómo el sistema judicial que pretendía combatir la eficacia del diablo era -él mismo- diabólico.

La presunta sencillez de la cuestión

La fe en Satán no es inocua. En este campo hay que contar con engaños sutiles y proyecciones. Alguien ha dicho que la astucia del diablo consiste precisamente en hacer creer que él no existe. En todo caso, en los procesos contra las brujas pareció que los hombres le veían por todas partes. Una amarga experiencia muestra que una determinada manera de luchar contra el mal más bien le proporciona un amplio campo de acción.

El pensamiento ilustrado ridiculizó la fe en la existencia y la acción del diablo. La imagen científica del mundo contribuyó a eliminar esta fe de la conciencia pública. Este punto de vista fue adoptado por muchos teólogos cristianos (Bultmann, entre ellos). Sin embargo, prescindir de esta antigua convicción cristiana puede resultar demasiado simplista. La experiencia del mal no puede explicarse solamente a partir de la imagen del mundo que ofrecen las ciencias naturales. El fracaso de la fe en el progreso y las crisis que amenazan a la sociedad mundial han hecho entrar en crisis al mismo pensamiento ilustrado. Cuando las personas padecen por culpa de otros (de un Hitler, de un Stalin o de un Pol Pot, por ej.), puede sospecharse fácilmente que el diablo anda suelto.

Datos bíblicos: estado de la cuestión

De Satán se habla tanto en el AT como en el NT. Pero no de una manera simple y clara. Así, en el libro de Job Satán aparece entre los "hijos de Dios" y trata con Él como con un semejante (1,8-2,10). A veces, no queda claro si algo procede de Dios o de Satán (véase 2 S 24,1, comparado con 1 Cro 21,1).

Sólo en los escritos extracanonicos se encuentra la idea de que Satán habia sido un ángel y que fue precipitado del cielo al infierno a causa de su orgullo (1 Henoc 6,1-7; 10,4-6). A esta idea alude el NT marginalmente (2 P 2,4; Judas 6). En la Biblia debemos distinguir entre verdades propiamente de fe e imágenes del mundo condicionadas a su tiempo. ¿Se encuentra entre éstas últimas la fe en la existencia del demonio?

1. *Nuevo Testamento*. El NT habla del demonio como *tentador* y afirma que incluso Jesús fue tentado por él. Pero las afirmaciones del NT son complejas: el demonio aparece como un poder maligno todavía invicto y que amenaza a los hombres; o bien se dice que ya ha sido vencido. El enemigo que todavía no ha sido vencido es el gran tentador y acusador. Se le llama el "señor de este mundo" (Jn 12,31; 14,30; 16,11) o el "dios de este mundo" (2 Co 4,4). Precisamente de este enemigo se dice que fue expulsado por el juicio que tuvo lugar en la cruz (Jn 12,31) y desposeído de todo poder por la muerte de Cristo (Hb 2,14). Ambas afirmaciones concuerdan con el mensaje del NT, según el cual Cristo obtuvo en la cruz la victoria sobre todo mal.

Pero aquí es donde se plantea el más grave problema exegético. Es sorprendente que en los relatos de la pasión no se hable *directamente* de una victoria sobre Satán. Parece como si el adversario aún no hubiera sido vencido y todavía pudiera actuar. Por otra parte, también se dice claramente que fue vencido en la cruz. Pero los Evangelios no explican cómo se obtuvo esta victoria. Por lo demás, la historia del cristianismo demuestra que los creyentes pueden sucumbir a lo diabólico precisamente en lucha contra el diablo. Sería útil, pues, saber cómo venció Cristo a Satán para no sucumbir a sus engaños. Al final del relato de las tentaciones añade Lucas: "El diablo, acabadas sus pruebas, se marchó hasta su momento" (Lc 4,13). Este momento sólo puede referirse al tiempo de la cruz, en el que Jesús fue nuevamente atacado por Satanás. ¿Por qué ningún Evangelio narra este decisivo ataque, siendo así que el primero, el más inofensivo, es ampliamente descrito?

2. *Relatos de la pasión*. ¿Por qué los relatos de la pasión no hablan nunca del diablo? El Evangelio de Juan dice que el diablo es el "padre de la mentira" (8,44). De ahí que siempre mienta. Es posible que Satán, que *todavía no* ha sido vencido, se presente de un modo distinto a como se presentaría quien ha sido vencido.

De hecho, lo diabólico juega un papel importante en los relatos de la pasión. Según los Sinópticos, el sanedrín procedió contra Jesús por haber blasfemado contra Dios (Mt 26,65). El Evangelio de Juan muestra de qué blasfemia se trata: "Tenemos una ley y según esta ley debe morir, porque se *ha* hecho *Hijo* de Dios" (19,7). El mismo Evangelio señala expresamente la conexión entre esta acusación, la blasfemia y lo satánico. En una disputa afirman los judíos: "No te apedreamos por nada bueno, sino por blasfemia; porque tú, siendo hombre, te *haces* Dios" (10,33). Ser una criatura y querer *hacerse* Dios: he ahí la blasfemia más grave y la esencia de lo satánico. En los relatos de la pasión se encuentran, pues, los elementos que, según la tradición judía, pertenecen a Satán: a) acusar a los hombres ante Dios y b) ser una criatura que quiere *hacerse* Dios. Así, en los relatos de la pasión confluyen ideas que parecen contradictorias: querer ser como Dios aparece bajo la forma de una acusación que hacen otros: Jesús es acusado en nombre de Dios (ante Dios) de ser una criatura y querer hacerse Dios de forma blasfema. Los acusadores cargan sobre él lo que él ha descubierto en ellos (Mc 3,22-30; 12,1-12; Jn 8,44). Lo satánico se manifiesta en el NT como una proyección religiosa colectiva, mediante la cual los pecadores cargan sobre

los que están limpios de pecado lo que no quieren ver en su propio corazón y les convierten en pecado (2 Co 5,21), maldición (Ga 3,13), Satán (Jn 10,33) y chivo expiatorio.

3. *Evangelio de Juan*. En una mirada retrospectiva a la actuación pública de Jesús se nos dice: "A pesar de tantas señales como le habían visto realizar, [los judíos] no creían en él" (Jn 12,37). El Evangelio recurre a dos citas del AT, que se refieren al tema del endurecimiento, y añade: "A pesar de eso, muchos, incluso de los jefes, creyeron en él; pero no lo confesaban por miedo a los fariseos, para que no los expulsaran de la sinagoga". Esto demuestra, por una parte, que Jesús, aun contando con su fracaso externo, ejercía, con su persona y su mensaje, una tal fascinación que conseguía la adhesión interior de muchos. Pero, por otra, explica por qué, a pesar de todo, fue rechazado: aquellos a los que había ganado el corazón no se atrevían a estar abiertamente con él. En el destino de Jesús queda claro que el ámbito público tiene su propia ley y que ésta es la culpable de su rechazo (Jn 10,42: comparar con 5,44).

En un mundo de poder y de mentira todos se sienten amenazados y buscan reconocimiento y honor para tener seguridad. Así, la humanidad se cierra a sí misma y se hace imposible la fe verdadera (Jn 5,44). En la búsqueda recíproca de honor y reconocimiento penden los hombres unos de otros y, hechos auto suficientes, se ponen al abrigo de Dios. De esta forma se origina una tendencia satánica.

Así se entiende algo más la difícil cuestión del endurecimiento. Jn 12,40 cita Is 6,9s de la siguiente forma: "Les ha cegado los ojos y embotado la mente, para que sus ojos no vean ni su mente discurra ni se conviertan y yo los tenga que sanar". En el texto de Isaías es Dios el que endurece (ciega, embota). La redacción de Juan no corresponde ni al original hebreo ni a la traducción griega de los Setenta ni a los targumes (versiones arameas). Sólo puede atribuirse al propio evangelista (Schnackenburg). Por esto se plantea la pregunta: para Juan ¿quién es el que endurece ("él") y quién el que ha de sanar ("yo")? Según Schnackenburg, para el evangelista, "él" es Dios y "yo" es Cristo. Pero esto no encaja en el contexto. Pues en Jn 12,42s se señala claramente qué es lo que produce el endurecimiento: el temor a los hombres. En definitiva, para Juan, esto, que es lo diabólico, es lo que endurece (véase Jn 8,44) y no Dios.

Cuatro temas mayores

En la concepción de Satanás se dan cita tres grandes temas, que la tradición relaciona: el endurecimiento, la acusación ante Dios y autodivinización. Los tres coinciden en manifestar *lo satánico como la dimensión colectiva de la maldad, como la tendencia de una humanidad que se encierra en sí misma y proyecta el mal oculto sobre los demás*. Así se entiende mejor la autodivinización, que no consiste en la voluntad errada de una criatura de enfrentarse abiertamente contra Dios, sino en un mecanismo instintivo de imitación recíproca, de temor y de búsqueda de la honra, con lo que la humanidad se cierra en su mundo infernal. En este proceso las personas son a la vez agentes y víctimas: no se dan cuenta de la tendencia colectiva en la que se encuentran atrapados ni su mutua dependencia; acusan a los demás y cargan todo lo malo sobre un tercero.

A estos tres temas se les añade un cuarto: la posesión. Las proyecciones colectivas y las acusaciones hieren a las víctimas en lo más profundo. Los presos son los que sucumben

a la acusación colectiva, hecha en nombre de un poder divino, y se identifican con el juicio negativo que los demás, con engaño, lanzan contra ellos. Sin voluntad propia, se encuentran dominados por la proyección colectiva. Así se entendería la frase "me llaman Legión, porque somos muchos" (Mc 5,9).

Satán, todavía no vencido, puede presentarse bajo la imagen de Dios o como un personaje que entra en escena proveniente del más allá. Pero, gracias a su experiencia con su Padre celestial, Jesús pudo obligarle a poner las cartas boca arriba (véase Lc 16,23). Al mismo tiempo percibió cómo ese mal espíritu proseguía su obra seductora incluso por medio de sus discípulos. Así, se opuso a Pedro, llamándole Satanás, porque no pensaba "lo que Dios quiere, sino lo que los hombres quieren" (Mt 16,23). En cambio, para los adversarios de Jesús, Satanás permanecía en el cielo bajo la imagen de Dios. Así ellos podían afirmar que actuaban en nombre de Dios y, al mismo tiempo, rechazar como blasfemo al enviado de Dios.

El Satán *no-vencido* se presentó primero como una *figura* propia. En el proceso de la polémica con Jesús y sobre todo en su condena, aquella figura se transformó en *acusación sagrada*. El comportamiento de Jesús para con sus enemigos y el juicio pascual del Padre celestial pusieron fin a la transformación. Jesús no sucumbió internamente a la acusación ni reaccionó agresivamente con una contraacusación, sino que calló y oró por sus enemigos: así abandonó el verdadero juicio en manos de su Padre del cielo, quien, en la resurrección, le dio la razón. La Pascua hace recaer la acusación en los acusadores. El rechazado por los hombres como Satán es reconocido por Dios como verdadero Hijo, autor de la vida eterna y centro del nuevo pueblo de Dios.

Lo satánico y la dimensión colectiva del mal

El NT descubre la dimensión colectiva del mal, relacionándola con el tema de lo satánico. Si la proyección forma parte de Satán es difícil que éste sea vencido. Lo que uno proyecta sólo lo ve en los otros y no en sí mismo. Los que iban a la caza de brujas descubrían al diablo en sus víctimas, sin darse cuenta de que su propio sistema era diabólico.

¿Queda así al descubierto toda la esencia de Satán? Es difícil responder, pues la maldad es un misterio que nunca podremos rastrear del todo y del que sólo podemos hablar en imágenes. Mientras seguimos siendo pecadores, sin haber vencido totalmente el mal, éste puede aparecernos en forma propia. Por ello, el NT da a Satán una figura propia. Así se hace visible que los relatos de la pasión nos descubren una verdad que siempre se encuentra ante nosotros, a la que sólo accedemos en la fe y que nunca podemos convertir en una firme posesión de la verdad.

La cruz de Cristo, motivo de esperanza

En la línea de Balthasar y Rahner respecto a la problemática del infierno¹, afirmamos que, gracias a la cruz de Cristo, podemos esperar que todos los hombres serán salvados. Pero, por lo abismal de nuestra libertad, debemos trabajar con temor en nuestra salvación. Según esto, podemos esperar que nuestra interpretación sobre Satán agote

todo su ser y que no haya ninguna criatura espiritual que se pierda para siempre. Aunque, debido a la profundidad del mal, esto nosotros sólo podemos esperarlo y no estamos seguros de que detrás de la proyección colectiva no haya nada más.

La visión esbozada de Satán puede relacionarse con una más amplia teología de la historia, pues la proyección colectiva juega en la historia de los hombres un papel importante. Basta recordar la "causalidad diabólica" a la que L. Poliakov recurre para explicar el antisemitismo en la historia occidental y rusa y las reflexiones de R. Girard sobre el "mecanismo del chivo expiatorio" como fundamento de toda sociedad humana.

Las proyecciones no se vencen con contraproyecciones, sino con la lenta elaboración de una visión de la realidad más verdadera. En lo concerniente a la posesión, con la práctica de exorcismos teatrales al diablo más bien se le impulsa que se le expulsa. A estas personas las ayuda quien intenta escuchar pacientemente las voces, acalladas por el ruido de las proyecciones colectivas, del yo oprimido. Sólo cuando este yo encuentra quien se le acerca con confianza aprenderá a confiar en el Dios verdadero. Lo mismo vale para quienes no se tienen por poseídos del demonio, porque no interpretan así su experiencia de dolor, y, sin embargo, son víctimas de la proyección de su entorno: una fe en el diablo correctamente entendida, puede prestar un gran servicio a terapias familiares y de grupo, y a la psiquiatría. En el plano social y político puede decirse algo análogo. Los teólogos de la liberación hablan de la problemática de la idolatría, es decir, de aquellos mecanismos colectivos que se encierran en sí mismos, no prestan atención a sus víctimas y se declaran absolutos. La voz apenas perceptible de las víctimas, con las que Jesús -él mismo víctima- se identificó, nos hace ver el carácter diabólico de estos sistemas. En todo ello es decisivo el diálogo abierto y el público reconocimiento. La Iglesia puede contribuir a la superación del mal, si, contra todo temor humano, arrostra en sí misma el riesgo del reconocimiento público y de la palabra sincera, que proporciona voz a las víctimas.

Sobre el problema teológico del infierno véase el artículo de J.R. Sachs en ST n°124 (1992) 339-353, y sobre los exorcismos desde la perspectiva de la psicología religiosa el artículo de A. Vergote en ST n° 124 (1992) 353-358 (Nota de la Redacción).

Notas:

¹Sobre el problema teológico del infierno véase el artículo de J.R. Sachs en ST n°124 (1992) 339-353, y sobre los exorcismos desde la perspectiva de la psicología religiosa el artículo de A. Vergote en ST n° 124 (1992) 353-358 (Nota de la Redacción).

Tradujo y condensó: JOSEP JIMÉNEZ